

venga en nuestro auxilio. La Iglesia lo conoce tan perfectamente, que empieza la mayor parte de sus oraciones, invocando los auxilios de esta divina asistencia: Señor, venid en mi auxilio, exclama: *Deus in ad jutorium meum intende!* No temais, amados hermanos, molestar al Señor con esta invocacion; por el contrario, reiteradla muy á menudo; él os ama, y desea, por consiguiente, entrar á la parte, en todo cuanto practicais. ¿Qué amigo, qué verdadero amigo, se cansa de ayudar á otro amigo suyo, en sus negocios? Nó; no ceseis, pues, de clamar á Dios: «¡Dios mio, venid en mi auxilio! ¡Dios mio, dignaos socorredme! ¿Por qué tardais, Señor? ¿no sabeis, que mi única esperanza está en vos?»

Tal es, hermanos míos, el arte tan sencillo—deberia decir, tan fácil—de transformar todas nuestras acciones: La buena intencion es la que hace este milagro. La buena intencion, si me atrevo á decirlo, es la verdadera piedra filosofal, que transforma en oro todo cuanto practicamos. Si, pues, nos hallamos en semejante indigencia espiritual, á nadie más que á nosotros mismos debemos quejarnos. ¡Ah! ¿podríamos ser tan ricos! Por esto ha dicho la eterna verdad: «No querais amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen; y donde los ladrones los desentierren y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo; donde no hay orin, ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben» (MATTH. VI, 19).

Nosotros conocemos ahora, hermanos míos, el medio de amontonar esos tesoros, de que habla el Divino Maestro: ese medio consiste, en practicar bien todo aquello que debemos practicar, es decir, practicarle por Dios y en union de Jesucristo, su Hijo. Notad cuanto, si tenemos perseverancia, aumentará nuestro tesoro. Cada accion nueva añadirá algo á él, y de esta manera, al fin de la vida, podremos regocijarnos, por haber hecho, surcando el proceloso mar de este mundo, una preciosa pesca! Amen.

---

## INTOLERANCIA.

(LA)

---

*\* Si quis venit ad vos, et hanc doctrinam non affert, nolite recipere eum in domum, nec Ave ei dixeritis.*

Si viene alguno á vosotros, y no trae esta doctrina, no le recibais en casa, ni le saludeis.

(II. JOANN. 10.)

La Iglesia es la columna inmutable y el constante apoyo de la verdad en el mundo; pero, al defender la verdad, ¿obra siempre con un espíritu digno de Dios? No lo cree así el mundo racionalista. Basta que la Iglesia se niegue á transigir con el error, para que la mire como una autoridad feroz. Ya, por un juicio equivocado sobre sus íntimas disposiciones, le atribuye en favor de sus doctrinas, y contra los que no las adoptan, un fondo de amargo celo y de envidia inexorable, que tendria por objeto nada ménos, que la opresion universal de las conciencias; ya, extraviado por falsos principios, se llena de indignacion, porque ella invoca algunos derechos, que llama tiránicos, y que son puramente austeros, como ciertas atribuciones de la magistratura; ya, por equivocadas apreciaciones de su historia, ó condena como odiosos ciertos actos de severidad, que no fueron sino actos vigorosos y legítimos, ó bien pretende atribuirle su parte de responsabilidad de no sé qué dramas sangrientos, de que puede, sin embargo, justificarse completamente en presencia de la humanidad. En una palabra, la persigue en sus instintos y en su conducta, calificándola de *intolerante*; y, por esta acusacion, tan mal definida, como mal justificada, se llega casi á dar á entender, que ella no es en este mundo más que una especie de minotauro, siempre dispuesto á devorar sus víctimas á la mayor gloria de la verdad, de la que se dice depositaria.

Hoy nos proponemos disipar la injusticia de tales prevenciones, separar, respecto al objeto á que se refieren, las tinieblas, de la luz; reducir la intolerancia de la Iglesia, como sentimiento, y como hecho,

á sus límites verdaderos, y desembarazarla de todas las suposiciones imaginarias, de todas las responsabilidades quiméricas, que alteran su naturaleza; y demostrar, que, considerada en sus términos de la realidad, no hay nada en ella que no sea justo é irreprochable. Espero, oyentes, convencerlos de tres cosas:

1.º Hay una intolerancia de proselitismo; la Iglesia está exenta de ella entre todas las sociedades doctrinales.

2.º Hay una intolerancia de exámen y de controversia; y la Iglesia la conoce mucho ménos que los que tan amargamente se la atribuyen.

3.º Finalmente, hay una intolerancia de anatema; ésta la ha ejercido muchas veces la Iglesia; pero, la ejerció con los derechos más bien fundados, por una parte, y por otra, con la más alta y más equitativa sabiduría. A. M.

1. Deciros, señores, que la Iglesia no conoce la intolerancia del proselitismo, sería recordaros una verdad, que, ahora, se hizo ya vulgar. Nadie ignora aquí, que, fuera del catolicismo, todas las sociedades doctrinales que han querido fundarse y extenderse, han empleado la fuerza como principio de vida y como medio de conquista. Preguntad al islamismo, cuál fué el secreto de sus triunfos, y os enseñará la cimitarra. ¿Cómo se ha propagado y cómo se propaga todavía el cisma griego? Preguntad, si quereis saberlo, á los restos palpitantes y ensangrentados de la Polonia, y os dirán, que es por medio de las agradables perspectivas del destierro y la clemencia del látigo. ¿Cuáles fueron los auxiliares que invocó el protestantismo para invadir la Alemania, apoderarse de la Suiza, establecerse en Inglaterra é insinuarse en Francia? La tiranía ó la rebelion, el asesinato y el incendio; las primeras páginas de su historia, no solamente son cenagosas, sinó atroces; y Lutero y Enrique VIII, estos dos ángeles, que la custodiaban en su cuna, aparecieron como los génios, no solo de la violencia y, á veces, de la crueldad, sinó tambien como los de la licencia. Tal era en su origen y tal se presenta todavía. Es menester que en todas las épocas, así hoy, como en otro tiempo, tenga la violencia un lugar en los instintos de su celo. Y no hace mucho tiempo, que ciertas poblaciones de la Oceania han podido convencerse de ello, por los repugnantes ultrajes con que unos ministros, que llevan el nombre de una gran nacion, les han hecho pagar algunas Biblias, en las cuales no podían comprender la menor sílaba, ni aún descifrar la primera letra. No obró la Iglesia así. Es verdad, que ella ha dicho á los predicadores de su fé: Sed víctimas; pero, no les ha dicho un

solo dia: Sed verdugos. Y aún ahora quiere, como siempre, que su única espada sea la cuchilla de la palabra; que sus victorias se parezcan á los pacíficos triunfos de la luz; que se venga á ella, no por la fuerza, sinó con libertad; que, si es menester sangre, sea la suya la que se vierta, y no la de los pueblos á quienes evangeliza; en fin, que su imperio deba exclusivamente sus progresos al poder de la gracia; su consagracion, al amor; su gloria y su solidez, á la belleza de sus doctrinas y á la profundidad de las convicciones. San Pedro, crucificado en el Janículo; san Pablo, decapitado en el camino de Ostia, ved aquí el primer eslabon de su apostolado, como tambien su invariable modelo. No está la brutalidad al servicio del Evangelio, sinó la caridad, saludando el martirio como una esperanza, ó bendiciéndolo como una corona.

2. La Iglesia, exenta de la intolerancia del proselitismo, lo está tambien de la intolerancia de investigacion y de controversia. Ved aquí, primeramente, un niño, que crece bajo su tutela; los rudimentos de la doctrina evangélica yacen en su tierna inteligencia puros y tranquilos como una gota de rocío en el cáliz de una flor; cree por confianza y sin raciocinar durante sus primeros años. Pero, llega al umbral de la virilidad; el aguilucho se ensoberbece y se niega á dejarse conducir ciegamente por las alas de su madre. Está ya en la época, en que quiere discutir sus principios y analizar sus creencias. No le basta puramente la fé, sinó, que quiere una fé meditada y razonada; una fé, cuyo valor y certidumbre haya comprendido y tocado, por decirlo así; una fé, á la que le unan, no sus gratos recuerdos, ó los lazos de la poesia, sinó la razon y el vínculo de la conviccion. Este es el deseo de todas las inteligencias reflexivas; y ¡no quiera Dios, que la Iglesia prohíba satisfacerlo! Hasta la edad de diez y ocho años, os habeis contentado con el catecismo, que os ha enseñado el párroco de vuestra parroquia, ó el capellan de vuestro colegio; la Iglesia os dirá: Está bien. Esta autoridad, estad seguros de ello, valia todavía más que la de un filósofo. Pero, ahora, quereis alguna cosa más; la leche de los niños no es bastante para vosotros; necesitais y buscáis el pan de los fuertes; ella os repetirá: Está bien. No derribeis el edificio, pero, registradlo á vuestro gusto. Profundizad, examinad, discutid como querais el simbolo que ella os propone; no solamente os deja dueños de hacerlo, sinó que os invita á ello. Ella desea ardientemente, que, habiendo llegado á ser hombres inteligentes, trasforméis vuestra creencia en un asentimiento razonado; que lo establezcáis sobre bases de una firmeza reconocida, y que, armados así con el poder de todas las reflexiones que hayais hecho, y con to-

das las pruebas que hayais adquirido, esteis en disposicion de rechazar la duda, si llega á aparecer en vuestra alma.

No es solo esto; si del exámen secreto quereis pasar á la controversia pública, la Iglesia tambien os la permite. Controversia escrita. Aquí tenemos un filósofo ó un novador. Se separa ó se ofende, sin razon, es verdad, pero, á lo ménos, con buena fé, de ciertos dogmas católicos; manifiesta altamente en una obra de conciencia sus opiniones, sus dificultades y sus repugnancias; lo hace, no solamente con sinceridad, sinó tambien con energía, con saber y con todo el fuego y prestigio que puede comunicar un talento elevado, unido á la vivacidad de la persuasion; arroja, en una palabra, el guante para una lucha decidida; no se niega á reconocerse víctima, ó más bien conquista de esta lucha; pero, con condicion, de que sea el resultado de una victoria auténticamente alcanzada á consecuencia de una polémica regular. ¿Desdeñará la Iglesia esta provocacion, si está hecha con moderacion? Nó, señores. No solamente fué la Iglesia quien ha creado la controversia religiosa, quien ha fundado sus más gloriosos monumentos, quien la ha mantenido en su más justo equilibrio de fuerza y de moderacion, sinó tambien, quien mejor la ha comprendido y quien ha respetado mejor su independencia. En África, san Agustin disputó con los Maniqueos, sobre la terrible cuestion del origen del mal; y con los Donatistas, sobre la naturaleza de la Iglesia y de las causas de su cisma. Este pugilato tuvo lugar ante el público. Asistía á él una inmensa multitud. Por un mútuo convenio, se organizó un jurado, para decidir á quién deberia atribuirse la victoria; cada uno de los atletas fué dueño de defender su causa, y perseguir á su rival con una completa independencia. No hay necesidad de decir, que fué san Agustin quien quedó victorioso; ¿qué lidiador no hubiera sido sofocado en sus brazos de gigante? En el siglo XII, Abelardo, esa deidad de algunas imaginaciones contemporáneas, ese rey de la palabra y de la argumentación, reta públicamente á san Bernardo. El abad de Claraval titubea; pero, casi toda la Iglesia de Francia le obliga á aceptar. Los combatientes entran en la liza en un concilio de Sens: Abelardo sucumbió. Finalmente, en nuestros dias, se han renovado tambien esas magníficas controversias. ¿En dónde? me preguntareis. En los Estados-Unidos. Hace pocos años, dos obispos, el de Cincinnati, y el que ahora ocupa la silla de Nueva-York, creyeron, que debian aceptar provocaciones á controversias públicas. Tuvieron conferencias con algunos ministros reformados, habiendo asistido á ellas miles de espectadores pertenecientes á diferentes comuniones; estas conferencias causaron una profunda sensacion en la época en que se

celebraron, y han dejado perpétuos vestigios en la memoria de las poblaciones americanas; en fin, sus discusiones, redactadas con fidelidad por notarios aprobados por los dos campos, forman un monumento glorioso para el catolicismo, que derrotó al error en este combate sublime, y para los prelados, cuya ciencia y dialéctica les valieron este triunfo.

Así, señores, los sentimientos de la Iglesia y su historia os dicen, que ella no condena, ni teme, ni rehusa la controversia. Si quereis escribir, escribid, y ella escribirá. Si quereis hablar, hablad, y ella hablará.

Y no se diga: Vosotros os estais siempre quejando, cuando se publica una obra, ó se pronuncia un discurso, en donde se discuten vuestras doctrinas ó se hallan comprometidas; ¿es esto reconocer y conceder la libertad de controversia?

¿Nos quejamos siempre? ¿Pero, de qué? No será de que se discuta nuestro símbolo. Nó, señores; no citaréis un escrito, ni una carta, ni una arenga, compuestos por hombres graves é instruidos, en donde se os prohíba expresar objeciones sinceras contra el catolicismo. De lo que nos quejamos, es: de que se ataquen nuestros dogmas sagrados á la lijera, sin haberlos estudiado, sin conocerlos, y solamente por nociones que, además de ser falsas, en lugar de contener su verdadero sentido, no contienen, muchas veces, sino su parodia. Nos quejamos, de que para combatirlos, no se quiera seguir, ni las reglas de una lógica rigurosa, ni las de una juiciosa critica, contentándose, ordinariamente, para refutarlos, con racionios pueriles, hechos dudosos ó apócrifos, con una ciencia hipotética ó imaginaria, con autoridades insignificantes y á veces irrisorias. Nos quejamos, de que haya cierto empeño en vituperar todo lo que hace la Iglesia, y, á falta de hechos, en censurar sus intenciones. Nos quejamos, de que en lugar de una verdadera dignidad, en lugar de adoptar una forma grave, respetuosa y moral, se emplea, con demasiada frecuencia, ó un puritanismo enteramente facticio, ó un acento de ironía indecorosa, ó la forma lijera y á veces licenciosa de la novela, como para asegurar mejor la depravacion del espíritu por el envenenamiento prévio del corazon.

Por lo demás, aunque fuese tan cierto, como es falso, que por nuestras injustas y molestas quejas ponemos obstáculos á la controversia, ¿á quién no podríamos dirigir reconvenciones más severas? ¿Cuál es la escuela, cuál es la religion, que no embarace á la polémica, no digo solamente con quejas, sinó con la violencia? ¿Serian las comuniones cismáticas? Pero, entre las regiones que ellas abrazan, ¿quién no conoce un país, en donde no se podria empezar un racionio en la ca-

pital, sin exponerse á ir á acabarlo á cuatrocientas leguas de allí en los desiertos? ¿Serian las comuniones heréticas? Ellas no discuten, sinó que se despedazan; no se comunican demostraciones, sinó, que se dirigen injurias recíprocamente. No es eso lo que se llama una libre discusion; insultar á su adversario, es decir implícitamente, que no tiene derecho para hablar.

3. Queda, pues, demostrado, que la Iglesia posee y practica la tolerancia de controversia, y que la practica infinitamente más que los que la acusan de intolerancia, y que más altamente hablan de libre discusion. Y ahora, ¿qué diremos de la intolerancia de anatema?

Supongamos, que se introduce una innovacion en el catolicismo; semejante á los vapores, que desprendiéndose de las gargantas de nuestras montañas, las amenazan con la tempestad; ella lleva en su seno graves y contagiosos gérmenes de error. Presentada con colores seductores y que halagan las pasiones del espíritu y del corazón, preconizada por hombres de un nombre conocido, de un talento persuasivo y de grande autoridad, ella ataca injustamente, pero, con buen éxito, algunas de nuestras santas verdades. Seduce á las almas sencillas, lleva tras sí los pueblos, y causa una inmensa defeccion en el rebaño de la Iglesia. Y ¿qué hace entónces la Iglesia? Ella lanza sus rayos contra esta novedad; anatematiza al que la predica, si lo hace con obstinacion; lo separa de su seno, lo priva de los bienes, de que es ella depositaria; y ordena á los fieles, que no tengan ninguna relacion con él, no digo en el comercio de la vida, sino en la celebracion de las cosas religiosas.

De todos los poderes ejercidos por la Iglesia, de todos los actos que ejecuta, es éste, acaso, el que más ofende é indigna á la filosofía. Y, sin embargo, ¿qué se puede pretender? ¿Se recusa en su esencia este poder de anatema? Pero este es un privilegio que posee, fundado en muchos derechos decisivos. Derecho de colacion: Jesucristo le ha dado la espada, y fué ciertamente para abatir la altanería del que se atreva á levantarse contra la ciencia de Dios, es decir, contra las revelaciones, cuyo órgano y depositario es la Iglesia. Derecho de tutela: la Iglesia es una madre, que tiene innumerables hijos confiados á su solicitud; y cuando están expuestos á ser extraviados y corrompidos por falsas doctrinas; cuando los maestros del error intentan desviarlos del objeto eterno y supremo, adonde ella debe conducirlos por las dos sendas de la verdad y de la virtud; creo que debe permitirsele, que los proteja contra estas desastrosas seducciones, anatematizando, si es menester, á los que procuren hacerlos víctimas de ellas. Derecho de existencia: existe un gobierno legítimo; en virtud de

este título, debe estar armado de todo lo que necesita para vivir; y para subsistir, ¿no le es necesaria la facultad de reprobador todas las doctrinas que podrian minarlo, y de reprimir todas las maquinaciones que podrian destruirlo?

El derecho, pues, de anatema no es dudoso en la Iglesia. Pero, si no se puede negar este derecho, ¿se podrá censurar con más razon la manera con que la Iglesia le ejerce? Deshonrar un nombre, declarar digno de reprobacion al que lo lleva, arrojarle fuera de una grande familia religiosa como un miembro gangrenado; aconsejar á pueblos enteros, y, á veces, mandarles que huyan de él, por temor de que su contacto les sea funesto, es seguramente la más grave de todas las sentencias. Antes de fulminarla, es preciso tomar las más severas precauciones, dejar á aquel sobre quien pueden recaer aquéllas, todos los medios para explicarse y defenderse, como tambien la mayor facilidad para reconciliarse, si lo desea; y esto es lo que se practica. Solemnidad, prudencia, equidad, misericordia; tales son los caracteres, que acompañan, ordinariamente, á las decisiones de la Iglesia contra los herejes. Solemnidad. Todo el mundo católico se conmueve y se estremece; torbellinos de polvo se levantan en todos sus caminos; los mares contiguos al Bósforo quedan asombrados, viendo navegar en ellos veinte naves con banderas imperiales. Salen de África, de las Españas, de Italia, del Asia menor, en una palabra, de todos los países iluminados por la luz del Evangelio, más de trescientos Obispos, llevando, los unos, la doble corona de la ciencia y del talento; los otros, las nobles cicatrices de un martirio comenzado; y otros, la majestad de una edad casi secular; se encaminan por tierra y por mar hácia una ciudad de Bitinia, y llegan á Nicea, en donde se forman en Concilio. El imperio está sentado en medio de ellos como testigo, pero, no como juez, en la persona de Constantino. Roma preside por medio de sus legados; el Espíritu Santo, suspendido sobre sus cabezas, las cubre con su virtud omnipotente, y empiezan á deliberar. Y ¿cuál es la causa de tan majestuoso aparato? ¿Por qué tantos venerables pontífices van, desde los confines del mundo, á reunirse en una misma ciudad y en un mismo santuario? ¿Qué grande é importante asunto van á discutir en esa magnífica asamblea? Se trata solamente de juzgar á un sacerdote, á un novador de Alejandria, á Arrio.

Prudencia: jamás vereis ninguna precipitacion en el seno de los Concilios, que fueron las reuniones más graves que han presenciado los tiempos pasados. Los objetos que en ellos se tratan, no pertenecen á las abstracciones de la metafísica, que es tan difícil aclarar; son materias de la historia y de la tradicion; los hombres que la exami-

nan y que han de decidir, son instruidos; se llaman Atanasio, Cirilo; son las más brillantes lumbreras de su época; han hecho estudios previos y profundos sobre los puntos oscurecidos, falsificados ó negados por los novadores; parece que el asunto marchará rápidamente, y que debe acelerarse el desenlace. Pero, no es así; á pesar de la facilidad de la solución, á pesar de la ciencia de los que deben prepararla, se procede con lentitud. Leen, comparan, comprueban, discuten mucho tiempo. Muchas veces, solo despues de muchos meses de sesiones y deliberaciones, se acaban estas grandes operaciones, se definen sus conclusiones, y la herejía, convencida, es, al fin, condenada.

Equidad: la equidad exige, que el hombre, que aparecè haber caído en el error, sea oído; que no se le juzgue por rumores inciertos, por testimonios dudosos, por textos, quizá alterados, quizá escritos inadvertidamente, quizá no concluidos, y que por todos estos títulos podrían no reproducir completamente y con sinceridad el pensamiento de aquel de quien emanan; que se le llame á explicarse por sí mismo; que se conozcan de su propia boca sus intenciones; que se le haga ver lo errado de las opiniones que enseña, los dogmas que ataca, las autoridades que lo confunden: así se procede con los herejes. La equidad quiere también, que se permita al acusado expresarse con libertad, presentar los comentarios y las justificaciones que guste, emplear los abogados y los apologistas que crea deban sostener más eficazmente sus intereses. Estos son precisamente los privilegios de que se ha permitido gozar á los Nestorianos en Éfeso, á los partidarios de Eutiques en Calcedonia, y á los demás herejes en todas partes.

Misericordia: sí, misericordia ántes de la sentencia; la Iglesia invita entónces á sus hijos alucinados á que renuncien á sus extravíos, á que detesten la mentira; les suplica con lágrimas, que desarmen su brazo, dispuesto á vengar la fé, que desfiguran; la tradición, que desmienten; el Evangelio, que despedazan; y solamente despues de haber agotado, para moverlos, todos los recursos de su ternura, es cuando sustituye el rigor al amor, descargando sobre su cabeza las maldiciones provocadas por su obstinación. Misericordia despues de la condenación: la sociedad civil es dura con los grandes criminales; despues de haberlos arrojado de su seno, se cuida poco de restituirlos al Estado. No censuro el hecho, no hago más que referirlo. La Iglesia no obra del mismo modo. Aunque están fuera de su seno los herejes y los cismáticos, no han salido por eso de su corazón; ella los ama todavía; los llama con fervorosas súplicas á la participación de su vida; y si quieren abjurar sus falsas doctrinas y su funesta disiden-

cia, estará dispuesta á devolverles el lugar que han dejado vacío en su maternal amor.

Concluamos: la Iglesia es vigorosa sin duda, porque debe serlo. Como poder y como autoridad, debe hacerse temer, hasta cierto punto, y hacer justicia con los que la desprecian, y se rebelan contra ella. Como luz y como verdad, es justo, que se alce contra todo el que se haga propagador de la mentira y de las tinieblas. Como cuerpo místico de Jesucristo, no puede ménos de separar de él los miembros infectados del veneno del error, y que podrían comunicarlo á los demás. Como depositaria, debe cuidar enérgicamente del tesoro confiado á su tutela. Pero, cumpliendo estas austeras obligaciones, se acuerda siempre de su constante bondad. Como Dios, que se digna llamarla su esposa, ella no cesa de amar á sus hijos rebeldes, aún cuando los castiga ó anatematiza; y les tiende los brazos para atraerlos á los lazos de su ternura. Es Sara, dispuesta á recibir en su tienda á Agar y á Ismael, arrojados, un instante, al desierto, en castigo del orgullo de la madre y de la indocilidad del hijo. Es Rebeca, que, dejando marchar á Esaú á una tierra infiel, y separándole de Jacob, tendría una satisfacción en ver que se reconciliase con su hermano, y reunirlos á los dos en su morada, como estuvieron ántes reunidos en el seno que los dió á luz. Es, en fin, (¿y porqué nos avergonzaríamos de aplicarle una imágen que el Salvador se ha aplicado á sí mismo?) es la gallina, á la que se ha comparado Jesucristo. De tiempo en tiempo, separa de su pollada á los pequeñuelos que la alborotan y amenazan dispersarla; pero, bien pronto los llama á gritos, agita y extiende sus alas; y si quieren volver pacíficamente á ponerse bajo este abrigo tutelar, estará dispuesta á servirse de ellas para calentarlos, y para defenderlos contra los enemigos de su aislamiento y de su debilidad.